

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Mágicos misterios de

MARCUS POCUS

El amuleto de oro



DESTINO

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Mágicos misterios de

MARCUS POCUS

El amuleto de oro



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2024
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Pedro Mañas, 2024
© de las ilustraciones, David Sierra Listón, 2024
Asistente de color: Francisco Javier Fuego
Diseño y maquetación: Endoradisseny
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2024
ISBN: 978-84-08-28248-8
Depósito legal: B. 2.914-2024
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





Una espesa niebla había invadido Suncity. Por eso era imposible reconocer a la misteriosa sombra que avanzaba furtivamente entre las farolas.

Solo se distinguía su gorra... y el brillo de una lupa en su mano derecha.

Bingo, era un detective. Pero no uno cualquiera. En realidad, se trataba del detective más guapo y molón del universo. Y aquella noche iba dispuesto a resolver su primer misterio.

Sabía que no sería fácil. Ya se estaba imaginando a un montón de tipos duros dispuestos a impedirselo.

Lo que no esperaba era toparse antes con una farola.
Eso sí que estaba duro.

¡BONG!, resonó el golpazo. Aunque no tan fuerte como el quejido de dolor del detective.

—Elemental, querido Mr. Rayo —añadió el investigador, frotándose la cabeza—. Eso me pasa por andar imaginando tonterías.

Bingo otra vez. ¡Aquel era yo, el gran Marcus Pocus! Un brujo con tanta magia como estilo. Y con un ayudante que se estaba riendo de mí a graznido limpio: Mr. Rayo, mi cuervo.

No tuve tiempo de enfadarme con él. Me contenté con taparme el chichón de la frente y seguir caminando. Tenía que llegar cuanto antes al Parque del Lago.

Allí dentro, entre la niebla, me aguardaba un caso que no podía esperar.

Te estarás preguntando por qué había cambiado la magia por los misterios. Antes siempre solía decir que, si no fuese brujo, me metería a pizzero o superhéroe.

¡Pero es que antes no conocía a Sherlock Holmes!

Por si no lo sabes, Sherlock es un detective muy famoso.

Yo había descubierto sus libros aquella misma mañana, en casa de mi padre.

Su piso es como una diminuta isla en mitad del tráfico y el jaleo que llenan Suncity. Y aquel día, además, la ciudad había amanecido repleta de niebla.

Por eso papá no quiso dejarme salir a pasear en bici por el parque.

—Demasiado peligroso, príncipe Marcus —dijo, porque siempre me llama así—. ¿Por qué no haces otra cosa? Puedes coger un buen libro, por ejemplo.

—Eso suponiendo que sepas leer —añadió mi hermana Loreta con malicia.

Ella, en vez de estilo, tiene mala idea.



Vale, es cierto que no suelo leer mucho, pero es solo porque no tengo tiempo. Entre las clases de magia, montar en bici, cuidar a mi cuervo y meterme en líos no me queda un minuto libre.

Suspirando, seguí el consejo de papá y me acerqué a la estantería. Y no solo por no aburrirme. También para darle en las narices a Loreta.

Fue entonces cuando, por pura casualidad, abrí mi primer libro de Sherlock Holmes.

Bueno, pues a mediodía ya había devorado más de la mitad.

¡Era alucinante ver cómo resolvía cada caso! Aunque no fuera brujo, parecía hacer magia con su lupa como yo con mi varita. Y también ayudaba a la gente igual que un superhéroe.

Incluso tenía algo de pizzero: siempre pillaba al culpable con las manos en la masa.

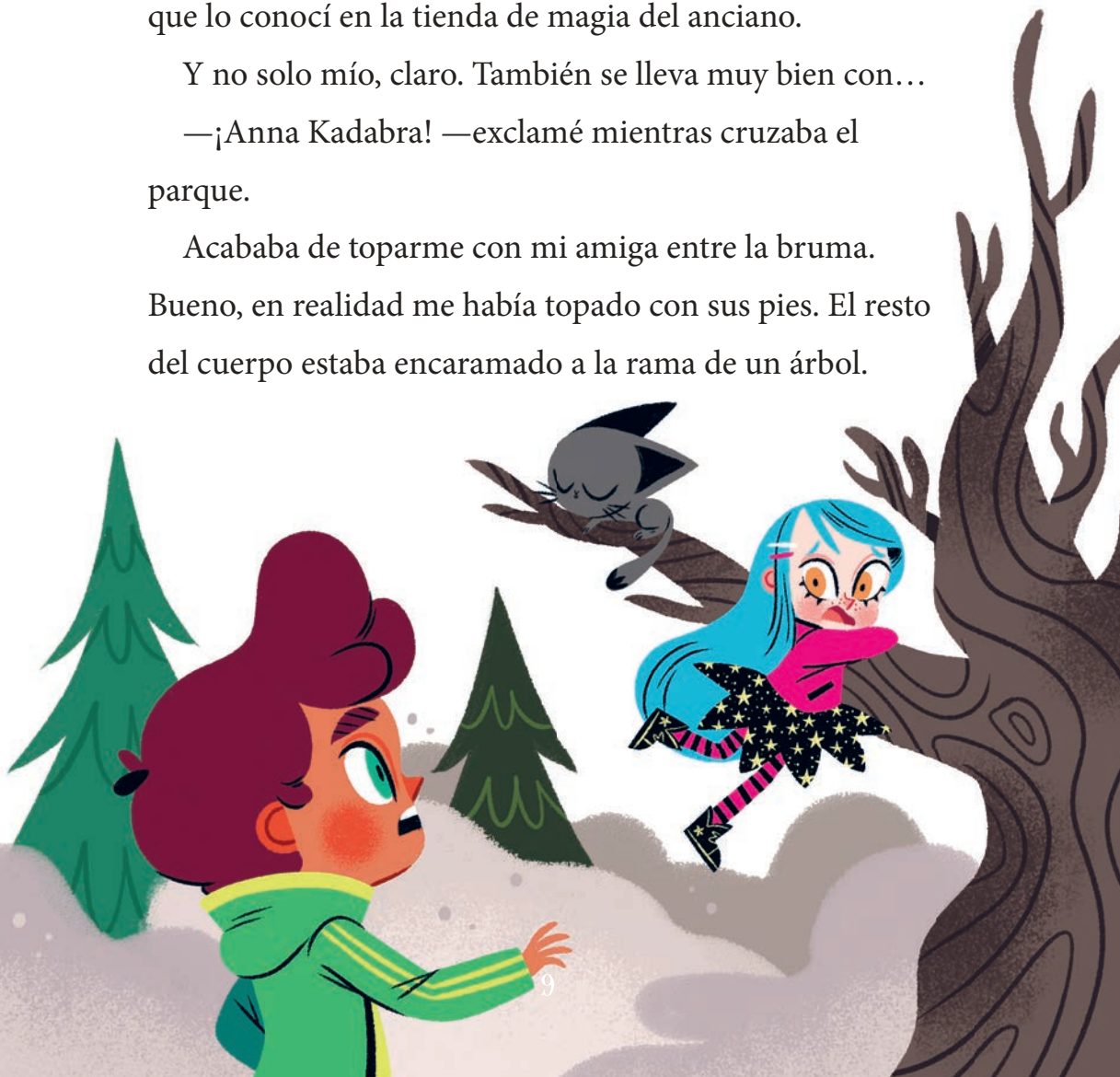
Aún seguía leyendo cuando oscureció y papá y mi hermana se fueron a trabajar al restaurante. Entonces, con un suspiro, cerré al fin el libro. Pero solo porque yo también tenía que salir.

Y porque ahora era yo el que debía resolver un misterio.
¡El misterio de por qué Mr. Munchin nos había invitado a cenar aquella noche!

Mr. Munchin es el abuelo de Bubu, un pequeño elfo que vive de incógnito en la ciudad. Es muy amigo mío desde que lo conocí en la tienda de magia del anciano.

Y no solo mío, claro. También se lleva muy bien con...
—¡Anna Kadabra! —exclamé mientras cruzaba el parque.

Acababa de toparme con mi amiga entre la bruma. Bueno, en realidad me había topado con sus pies. El resto del cuerpo estaba encaramado a la rama de un árbol.



—Hola —gruñó ella desde lo alto—. ¡Y ahora ayúdame a bajar!

Aquello sí que era un buen misterio. Por desgracia, tenía una explicación muy sencilla.

—Al gracioso de mi gato se le ha ocurrido aparecerse aquí arriba —suspiró, ya en el suelo.

Cosmo maulló en sus brazos, como diciendo: ¿verdad que tiene gracia?

—Venga, daos prisa —les sonreí—. Bubu y su abuelo ya deben de estar esperándonos.

Nos dirigimos con nuestras mascotas al fondo del recinto. Allí se alza la casa del antiguo jardinero, que Bubu y su abuelo habían ocupado en secreto.

Aquella noche, sin embargo, el lugar parecía tan abandonado como antes de su llegada.

—Qué raro —dijo Anna, después de golpear la puerta un buen rato—. No contestan.

—Tendrás que usar tu conjuro para abrir cerraduras —suspiré.

—No hace falta —repuso ella—. Mira, los Munchin tienen una llave de emergencia ahí mismo.

¿Dónde estaba oculta la llave?



Caray, a Anna no se le daba mal lo de ser detective.

Un poco celoso de sus dotes de observación, cogí la llave escondida en el arbusto de la entrada. Esta encajó a la perfección en la vieja cerradura, que hizo clac al girar.

El interior de la vivienda estaba iluminado pero extrañamente silencioso. Un fuego solitario ardía en la chimenea. Incluso la mesa estaba puesta. Pero ni rastro de Bubu y su abuelo.

—No lo entiendo —dijo Anna—. Aquí no hay nadie.

Yo tampoco lo entendía... ¡y me encantaba! Otro misterio por resolver.

—¿Tú sabes por qué nos ha invitado Mr. Munchin? —dije, paseando por el salón con mi lupa. La había encontrado en un cajón de casa, entre trastos viejos.

—Ni idea —repuso Anna—. Hasta ahora solo nos había invitado a largarnos de su tienda.

¡Pues claro, la tienda! Olvidaba que se comunica con la casa a través de una entrada secreta. Quizá los elfos aún estuvieran dentro, despachando.

Antes de que Anna se me adelantara, corrí hasta la puerta para poner encima la oreja.

Casi me quedo sin ella cuando Mr. Munchin la abrió desde el otro lado.

—¡Pero bueno! —gruñó al vernos—. ¿Cómo os atrevéis a entrar tan atrevidamente en mi casa? ¡Sois unos maleducados sin educación!

Menos mal que detrás de él también escuchamos la cantarina voz de Bubu.



—Pero, abu —dijo tímidamente—. Fuiste tú el que me dijiste que los invitase a cenar.

—¡Pues la cena aún no está lista, listillos! —gruñó el anciano. Luego se puso su bata y se dirigió a zancadas hacia la cocina.



—No le hagáis caso —murmuró Bubu, tan sonriente como siempre—. Es que está de mal humor.

—Menuda novedad —rio Anna por lo bajo.

—¿Qué crees que habrá para cenar? —le susurré yo.

Tenía la esperanza de que fueran hamburguesas.

A Bubu le encantan, y a veces hablaba de cocinarlas usando solo ingredientes del bosque: setas, bellotas, piñones...

—No te hagas ilusiones —sonrió Anna, señalando la mesa preparada para cuatro personas.

¿Cómo supo que no
cenaríamos hamburguesas?

